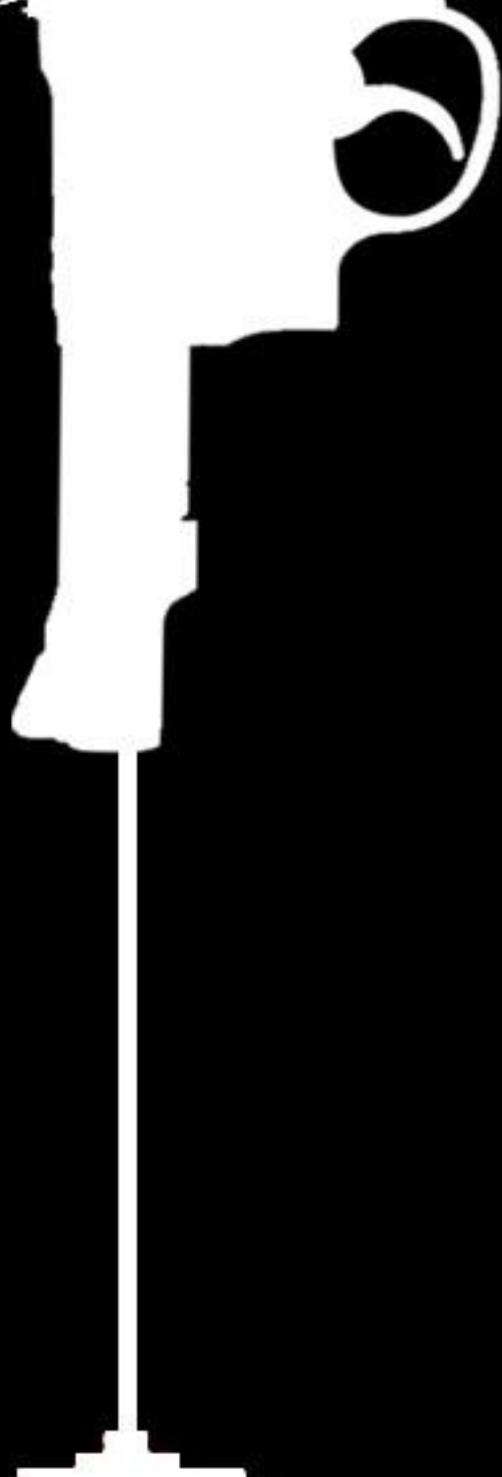


**PARENTAL
ADVISOR
EXPLICIT CONTENT**

EL JOTA

QUE P.D.



CARLOS FILIPPA

Lectulandia

El Jota regresa a Córdoba luego de su malogrado exilio en el conurbano bonaerense. Debe encontrar la forma de no dejar cuentas impagas y darle un cierre a su historia con Mica. Una vida de violencia que termina indefectiblemente con un certificado de defunción...

Lectulandia

Carlos Filippa

Q.E.P.D.

El final de la trilogía del Jota

El Jota - 3

ePub r1.2

SoporAeternus & carlosinchat 14.09.15

Título original: *Q.E.P.D.*

Carlos Filippa, 2015

Diseño/Retoque de cubierta: Carlos Filippa

Editor digital: SoporAeternus & carlosinchat

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A todos los que hicieron del Jota una aventura inolvidable.

LAS NIKE DEL JOTA

—¡La puta madre! —gritó el Pelusa cuando dejó de ver al Jota. El Pelusa perdió de vista al Jota y salió disparado, gritando y pidiendo ayuda.

¿Habría sido buena idea hacer tanto alboroto? ¿Levantar la perdiz de esa forma?

Lo haya pensado el Pelusa o no, salió corriendo entre gritos y ademanes generosos en dirección a una familia de gringos que tomaba mate con pan casero. Atragantados con pan casero los gringos, soltaron mate, reposeras, suegra y conservadora llena de fernet para salir corriendo. Hacia donde las Nike del Jota era lo único que quedaba de él, corrieron los gringos. Al pedo, obvio, corrieron los gringos. El Pelusa detrás de ellos se agarraba la cabeza. ¿Se hubiese agarrado la cabeza el Pelusa si no hubiesen estado los gringos tomando mate y atragantándose con pan casero? Lo haya pensado el Pelusa o no, se agarraba la cabeza y repetía «¡No puede ser!».

Para cuando llegó la policía, no había ninguna duda en la cabeza de los gringos de lo que había perdido el Pelusa.

—¡Yo vi todo! —Llegó a decir uno de los gringos, convencido de que no mentía.

En la orilla pedregosa de la cantera, a centímetros del agua azul oscura de la cantera, las Nike del Jota era lo único que quedaba de él. ¿Será que el Jota había pensado lo que al Pelusa no le daba para pensar antes de desaparecer para siempre?

ESPUMA ENTRE LOS DEDOS

Mica no había tenido hombres después del Jota. Ni un roce, siquiera.

No había tenido, desde entonces, más que recuerdos confusos llenos de imágenes y sonidos, pero sin el registro claro de las sensaciones y sentimientos que efervescían antes y después del orgasmo. No recordaba el sabor de la leche del Jota. Ni el olor a sexo que inundaba su pieza por las noches. Su piel había olvidado la temperatura de ese cuerpo flaco y fibroso que la cubría de sudor ajeno.

Sin embargo, lo que había comenzado temprano en su vida yacía dentro, expectante, agazapado como un felino: el deseo.

Y, de vez en cuando, sus propios dedos no podían escapar a ese llamado y se perdían allá abajo, entre la espuma que coronaba los labios abiertos. Bajo la ducha, con la espalda apoyada en los azulejos beige de la casa del Coronel, Mica recordaba que su cuerpo había sido entrenado para gozar y hacer gozar.

OJO Y BALA

El Pelusa se había vuelto un maestro con el treinta y ocho en la mano. Pero hasta él sabía que era verso eso de «donde pone el ojo pone la bala». ¡Paparruchadas! Había que laburar un montón para ser tan eficiente como era en su nueva profesión. Porque desde que había quedado solo en el barrio, con una mano adelante y la otra atrás había quedado, tenía un récord impecable. Diecisiete fiambres de diecisiete encargos, el Pelusa se estaba volviendo peligrosamente famoso en el barrio. Y fuera del barrio también. Mucho más peligroso eso.

El Pelusa sabía que había que laburar para cumplir, entonces hacía trabajar el ojo. Observaba, miraba, espiaba, se tomaba su tiempo. Y donde ponía el ojo ponía cuatro balas. Dos al bulto, dos a la cabeza. No es que sean baratas las balas en el mercado negro, pero con lo que él cobraba, estaban más que amortizadas.

De los diecisiete fiambres, los últimos ocho fueron de la Gringa. No había nada firmado, pero desde hace un tiempo que el Pelusa era exclusivo.

CHORIPÁN DE CANCHA

Desde que se acuerda, el Jota va a la cancha a ver a Talleres. Y grita los goles y canta los cantos en la cancha. Y de vez en cuando se agarra a roscazos en la cancha. Pero una de las cosas que más le gusta de ir a ver a Talleres es pararse al lado del choripanero y relojear los chorizos. El Jota elije el suyo desde que cae sobre la parrilla. Lo espera paciente, se fija que no lo arrebatan. Mientras lo espera, se llena el alma con el humo de las brasas. Y cuando el Jota ve que el chorizo está como le gusta, lo señala con el dedo y se lo lleva con un «dame ese».

El fútbol es un deporte ingrato, sobre todo para el hincha de Talleres. ¿Sino cómo se explica que saliendo tercero a cuatro puntos del campeón tengás que jugar la promoción para quedarte en primera?

A la ida en La Paternal el Jota la vio por la tele en el bar que solía ver los documentales de animales con sus hermanos. Partido chivo la ida, puteaba la pantalla con el upite fruncido del cagazo. Y aunque Talleres perdió dos a uno, la ilusión de remontarlo en casa estaba intacta. No hacía mucho le habían ganado al campeón. ¿Cómo no iban a ganarles a estos muertos que venían del ascenso?

Para la vuelta en Córdoba, el Jota llevó banderas, corneta, gorro y camiseta. Cantó y gritó hasta quedarse afónico. La popular parecía un reptil vivo que latía y se movía. Un reptil vivo con miles de escamas azules y blancas. La ilusión de remontarlo estaba intacta: solo había que ganar por dos goles...

La tarde que fue a ver a Talleres perder con el bicho e irse a la B, salió del Chateau y comió el choripán más rico de su vida. Salado, el choripán más rico de su vida.

PAJAS BLANCAS

El Chino pasó Aduanas sin sobresaltos. Un turista más, para Aduanas, el Chino. Pero el Chino no venía de paseo. Poco le importaba las ruinas jesuíticas o el vuelo en parapente. Lleno de plata el Chino, tuvo que pagar un fangote a tres hackers para descubrir a dónde tenía que ir para conseguir lo que quería. El Chino no era budista, ni confucionista ni mucho menos taoista. El Chino, como todo buen nuevo multimillonario, vivía por y para la filosofía de «lo quiero ahora» con mucha influencia de «si no es mío, no va a ser de nadie». Así que el Chino había llegado a Pajas Blancas, con el pasaporte lleno de sellos y la idea de tener lo que le faltaba.

LA YOLI

La Yoli ya no juega los picaditos de los sábados. Un nueve de área rápido y vivo, se cansaba de hacer goles la Yoli. Siempre para el equipo del Jota, la Yoli tenía olfato de goleador. Y lo que más le gustaba a la Yoli era cerrarle el orto a goles a los boludos que le gritaban «puto de mierda» cuando entraba a la cancha.

Eran otros tiempos. Tiempos en que la Yoli y el Jota eran chicos. Tiempos en que la Yoli se llamaba Marcos y no tenía ese par de tetas hermosas que tiene ahora.

Más de una vez al Jota se le paró la pija mirándole las tetas a la Yoli. Y cuando la Yoli se daba cuenta, se cagaban de risa los dos. Habían pasado mucho tiempo juntos, muchas cosas juntos. Pero ni el Jota conocía la tersura de las siliconas de la Yoli, ni la Yoli conocía el grosor de la pija del Jota. Y eso que habían estado más de una vez violetas del pedo.

IDIOMAS

Tirado en la arena panza arriba, el Jota escucha hablar en otro idioma. Para el cordobés que es, al Jota le parece otro idioma cualquier español de otra provincia. Hubo veces que tuvo que hacerse repetir hasta tres veces lo que le decían en porteño. Pero esta vez es otro idioma en serio. Y no solo los «harto», «huevones» y «pololas» sino los «where are you from?» y los «Je m'appelle» de alrededor.

En la escuela, la teacher se pasó los seis años que el Jota tuvo inglés —entre primaria y lo poco de secundaria que hizo— enseñando los colores y los días de la semana. Y todavía al Jota se le confundían martes y jueves. Seis años enseñando lo mismo y no logrando nada. Porque en seis años la teacher no enseñó nada de lo importante. No enseñó los «you are so beautiful» ni los «wanna fuck?». ¿Quién carajo se levanta una minita de afuera con un «the pencil is brown»?

Al Jota le parece muy gracioso no entender un sorongo. Para los como él, que la supervivencia es una cuestión cotidiana, hacerse entender es casi un juego. Y mucho más si lo que hay que decir son guarangadas a la hora del sexo.

PEQUEÑAS VICTORIAS

El hombre termina conformándose con pequeñas victorias. Algunos se conforman con putear al telemárketer que te despierta de una siesta de otoño. Otros se conforman con enterarse de que al nuevo esposo de la ex no se le para. Ese tipo de cosas que te hace torcer una sonrisa cuando la cara está rígida de bronca acumulada.

En el barrio del Jota, las pequeñas victorias son mucho más pequeñas. Un plato de ravioles con bolognesa, cuando la expectativa era de ayuno. Tres o cuatro puntos de sutura cuando la expectativa era una semana en el hospital. Ni que decir de una cama blandita o una colcha para taparse. Ese tipo de cosas que a otros puede parecerles poca cosa.

Pero el Jota necesitaba mucho más que eso. Había llegado a una etapa en su vida en que necesitaba una pequeña victoria pero enorme. Después de lo de la Gringa y mucho más después de lo de Rocío, el Jota necesitaba un guiño del destino. Una palmadita en la espalda. No sabía lo que estaba buscando, su mente no lograba ponerle una etiqueta, sobre todo porque el Jota nunca había escuchado la palabra redención.

Pero lo que estaba buscando se le iba a aparecer llorando en la puerta de la vieja del Rana.

WESTERN URBANO

La única vez que el Jota estuvo en terapia intensiva no fue una bala ni un filo lo que lo mandó ahí. Lo que lo mandó a terapia intensiva a los trece años fue el paragolpe cromado de una Taunus coupé. Verde, original, impecable la coupé. El boludo que la manejaba se agarraba la cabeza mientras por las orejas al Jota se le escapaba la sangre y la vida. Se agarraba la cabeza el boludo, y decía cosas incoherentes sobre culpas y prioridades. Porque todo el mundo sabe que a esas horas de la noche, en ese barrio, el que no es del barrio siempre tiene la culpa. Y al boludo que se agarraba la cabeza lo salvó un patrullero que pasaba de casualidad. De casualidad, entonces, se salvó el boludo de terminar abierto de par en par por algún vecino del Jota.

Al Jota, en cambio, lo salvaron los médicos del de Urgencias y la virgen de la Medalla Milagrosa. El Rana y la mamá del Rana le rezaron día y noche hasta que el Jota escapó del Purgatorio y volvió a su cama a putear a las enfermeras. Desagradecido de mierda el Jota, las puteaba de arriba abajo. Y las minas lo cuidaban como si ese montón de huesos valiera alguna cosa.

Y con los años, las calles de Córdoba se volvían cada vez más peligrosas. Bastaba un roce de chapa contra chapa para que la muerte pendiera de un hilo. No por el choque en sí, sino por los temperamentos efervescentes de los boludos que manejaban. Al Jota, que había tenido que matar por causas mucho más urgentes, le parecía una exageración sin sentido. Hasta que se cruzó con el chetito del Mini Cooper.

El Jota se movía por el barrio con una motito sin papeles. Una motito que era del pueblo. El que la necesitaba la usaba, lo único que había que hacer era cargarle dos mangos de nafta. Fuera del barrio, a nadie se le ocurriría andar en eso. Pero dentro del barrio el Jota sabía aprovechar muy bien la doble moral del motociclista: transitaba por el medio de la calle como si fuera un auto pero se metía por lugares que solo una moto cabía. Y en uno de esos zigzag para llegar adelante en el semáforo en rojo, el Jota rozó el espejito de un Mini Cooper flamante. El chetito que manejaba se prendió de la bocina. Y el Jota atinó a darse vuelta, con la motito detenida apenas adelante. El chetito vio el calibre de su interlocutor en la contienda y no dudó un instante. Manoteó una pistola cromada de la guantera y bajó como una tromba. El Jota evaluó la situación en un microsegundo y decidió que era un bluff. El chetito con la pistola apuntando al piso se le acercó a centímetros de la cara.

—Negro de mierda, ¿sabés cuánto sale un espejo de esos?

El Jota no sabía, obvio. Pero tampoco le interesaba un carajo. Los chetitos creían que todo el mundo era como ellos, que medían las cosas por el precio. Así que se quedó callado, con los ojos clavados en los del chetito.

—¡Son todos iguales ustedes! —sentenció el chetito.

El insulto no pasó desapercibido para el Jota, pero como dije, matar por esas boludeces al Jota le parecía una exageración. Aparte, había mucha gente. Y aunque toda fuera del barrio, bastaba un boludo que no supiera mentirle a la policía para tener un kilombo grande.

El chetito se cansó de los bocinazos y se metió de nuevo al Mini Cooper. Gastó más plata en nafta y cubiertas que lo que le salía pintar el espejo y desapareció.

El Jota, recién ahí, se dio cuenta de que había estado todo el tiempo aguantando la respiración. Respiró hondo, soltó el mango del cuchillo y sacó la mano del bolsillo.

LA PROMESA DEL PELUSA

Un día el Jota les contó al Rana y al Pelusa sobre la Gringa. No entró en detalles, pero fue lo suficientemente explícito como para que al Rana se le escapara un «te encajetó». El Jota lo puteó de arriba a abajo, eso era para boludos, él no era ningún boludo. El Rana no viviría lo necesario para decir el «te lo dije» correspondiente. Una lástima lo del Rana.

El Pelusa, por el contrario, en ese momento no entendió qué podía obtener el Jota de una tilinga como la Gringa. El Pelusa estaba negado para el deseo por ese entonces. Hasta que le puso los puntos sobre las ies a la sucia de su tía estuvo negado para el deseo. Los puntos sobre las ies y el filo en el cogote. Ahora, en cambio, el Pelusa entendería perfectamente al Jota y sus debilidades. Porque el Jota no entró en detalles, pero lo superficial nomás de la historia con la Gringa era porno del más fuerte. Pero cuando el Jota les contó a sus hermanos sobre la Gringa, todavía el Pelusa estaba negado para el deseo.

—Si te hace algo malo le pongo una bala en el seso —dijo el Pelusa entre dientes. No sabía que nunca llegaría a cumplir su promesa.

EL CHINO

Los que tienen plata como tiene el Chino andan con poco equipaje. Cómodos viajan los que tienen plata como tiene el Chino. Total, lo que no llevaron por incómodo o prohibido, lo compran al contado.

El Chino se bajó del taxi y entró a la armería. El taxista del aeropuerto lo había llevado y lo esperaba con el reloj corriendo. Los taxistas del aeropuerto cobran en dólares lo que el reloj marca en pesos, sobre a todo a los chinos con plata. Pero eso al Chino lo tenía sin cuidado.

Se acercó al mostrador y preguntó si alguien hablaba inglés. Los tres vendedores negaron con la cabeza. El Chino recorrió la vidriera del mostrador y señaló con el dedo una Glock nueve milímetros. Los vendedores se miraron. Ni mú, dijeron los vendedores. El Chino puso un fajo de dólares sobre el mostrador. Grande el fajo de dólares. Como para cuatro glocks el fajo de dólares.

—¿Anything else? —preguntó el Chino. Los vendedores adivinaron la pregunta y respondieron moviendo la cabeza de un lado al otro.

El Chino se subió nuevamente al taxi con la Glock y una caja de balas en el bolsillo del sobretodo. El taxista río por lo bajo y en un perfecto cordobés preguntó:

—¿Gulyu laik som guerls?

CÓRDOBA, DE NOCHE

La noche que volvió de Buenos Aires, el Jota salió a caminar por el barrio. Solo, salió a caminar. Quería estar con quién más había necesitado este último tiempo. Y al subir a la lomita, su Córdoba nocturna lo recibió con los brazos abiertos.

Se sentó en el paredón bajito de una tapia caída y miró con los ojos asombrados. Miró el mismo paisaje que había visto miles de veces, pero lo miró con un asombro completamente nuevo.

Por un rato estuvo así, con la mente en blanco, como de costumbre. Estuvo así todo lo que necesitó para sentirse en casa de nuevo. Pero sucedió que los pensamientos lo alcanzaron. Y el Jota, que no era de pensar mucho, se puso a pensar.

Pensó en todo lo que había pasado con la Gringa en Córdoba y después con Rocío en Buenos Aires. Se preguntó por qué le pasaban esas cosas a él. Obvio que no tuvo respuesta para eso. Pero siguió preguntándose, mientras allá abajo las luces de los autos iban y venían como en un enorme terrario con hormigas fosforescentes.

El Jota se preguntó si había alguna forma de zafar, de salirse de todo eso, de dejar de escapar. Se preguntó si había alguna forma de no despertar pensando que ese iba a ser el último día. Se asustó un poco de pensar tanto, pero no dolía, así que siguió pensando. Sin respuestas para ninguna, siguió haciéndose preguntas.

Desde la lomita se veía varios countries perfectamente recortados en el paisaje. También se veían varios barrios como su barrio. Desde la lomita no había forma de no darse cuenta. Y el Jota, que no era de pensar mucho, se puso a pensar por qué. Se puso a pensar el por qué de muchas cosas. Y la falta de esas respuestas sí consiguió enojarlo. Y se acordó por qué hacía lo que él hacía. Por qué era lo que él era. Y se prometió nunca más sentirse así.

MUJER PRECAVIDA VALE POR CIEN

Mica aprendió a ser precavida de la peor forma. Después de lo que le pasó con el Jota, aprendió de golpe.

Le costó mucho recuperarse de la muerte de su padre, por cuestiones más que nada operativas. Pasó ella, de un día para el otro, a ser el hombre de la casa. Y el hombre de esa casa tenía un montón de kilombos.

Pero, sobre todo, le costó perder a Juan Cruz. Inservible Juan Cruz, nadie iba a notar su ausencia. Inservible Juan Cruz, pero muy suyo. Y Mica lo extrañaba todo el tiempo. Lo extrañaba hasta el dolor. Y todo lo que le dolía la ausencia de Juan Cruz se le podría por dentro en forma de odio por el Jota.

Mica nunca se puso en los zapatos del Jota. Nunca lo pensó como la víctima. Nunca se le cruzó por la cabeza que el Jota pudiera tener la razón. En el universo de nena rica de Mica, lo que hacían con Juan Cruz eran travesuras. Lo que el Jota hizo, en cambio, era imperdonable.

Pero entonces, precavida como era, se tomó un buen tiempo en reclutar al Pelusa. Y mucho, mucho más tiempo en que el Pelusa por fin le viera la cara.

Al principio los encargos eran a través de terceros. No había mucho para decir, de todas formas. Como en las películas y menos: un sobre papel madera con un nombre, una dirección y un fajo de cienes. Ni foto había en el sobre. Al principio nombres que no conocía nadie, dentro del sobre. Había que poner al Pelusa a prueba. Y como el Pelusa pasó las pruebas con un diez felicitado, dentro del sobre los nombres se hacían cada vez más conocidos. No para el Pelusa, por supuesto, que vivía en el frasco de mayonesa que era su mundo de veinte manzanas. Pero nombres que salían en el noticiero cuando aparecían con cuatro tiros de treinta y ocho.

Después de un tiempo, Mica creyó prudente, al contrario de lo que cualquiera pudiese pensar, conocer cara a cara a su sicario. Creyó, en esto con toda razón, que mirarlo a los ojos iba a ser mucho más contundente a la hora de demostrarle que ella no solo era la que pagaba, sino también la jefa. Y Pelusa lo entendió a la perfección la primera vez que se hundió en los témpanos azules que Mica tenía por ojos.

SAN JORGE Y EL DRAGÓN

El Jota bajó la puerta de un patadón y entró con el filo en la mano. Su filo preferido, el filo de la mano. Una puerta que siempre estaba abierta la que volteó de un patadón. Porque el patadón no era necesario, sino pura actitud, como si tuviese que dejar un mensaje. El primero que salió al pasillo a ver qué carajo había pasado recibió el tajo certero del Jota y rebotó contra la pared. Al Jota no le importaba culpa ni inocencia, no estaba ahí para juzgar nada. Todo lo que se interpusiese entre él y la Yoli iba a terminar de la misma forma, partido al medio.

Avanzó por el pasillo seguro de que el paradero de la Yoli se le iba a revelar por sí mismo. El segundo que salió iba más preparado y alcanzó a apretar el gatillo de una nueve negra industria nacional. No alcanzó a nada más. El tiro no pasó ni cerca de la humanidad del Jota. Angosta para acertarle, la humanidad del Jota. Encima ágil la humanidad del Jota. Así que la bala se enterró en la pared de yeso, lejos de su blanco. El Jota tajeó la muñeca que sostenía la nueve empavonada y en el movimiento de retorno clavó el puñal en el cogote renegrido. Siguió adelante y estuvo a punto de abrir de lado a lado a una pendeja muy flaquita que salió corriendo espantada de una de las habitaciones. Detrás de ella y de varias habitaciones empezaron a rajarse minutas de todas las edades y colores de pelo. El Jota contó nueve, pero ninguna de ellas tenía las tetas hermosas que tenía la Yoli.

Contar fue un descuido. Un descuido que podría haber sido fatal para el Jota. Sintió apenas el tajo cuando saltó para atrás. Por puro instinto saltó para atrás, y una navaja de cachas de cinta aisladora le abrió la remera roja desde el esternón hasta la cintura. Apenas rozó, sin embargo, la piel del Jota. Hacía mucho que no estaba frente a otro virtuoso del filo. Los sentidos del Jota se pusieron alertas y se le pararon los pelitos de la espalda. La segunda embestida del petiso que blandía la navaja de cachas de cinta aisladora falló por milímetros la nariz del Jota. El tercero iba en uppercut hacia la yugular, pero el Jota lo frenó con la mano en la muñeca y lanzó el contraataque. Pero el petiso lo adivinó e hizo lo propio con la muñeca del Jota. Y así bailaron un rato, como dos escorpiones, con el filo ajeno a centímetros de la yugular propia. El Jota supo que no iba a aguantar mucho. No lo pensó, simplemente lo supo. Y el cuerpo actuó en consecuencia. Abrió la boca grande, estiró el cogote y mordió con fuerza todo lo que pudo agarrar de la cara del petiso. Pómulo, nariz y labio superior quedaron dentro de la boca del Jota, que apretó con todas las fuerzas. El Petiso, acostumbrado al dolor, no pudo evitar sin embargo que todo se le volviese negro por un instante. Fue todo lo que necesitó el Jota para recorrer los diez centímetros que le faltaban y clavar su mortal aguijón.

Escupió sangre, piel y carne ajironada y se limpió la boca con la tela de su remera, que le flameaba en la espalda cuando se movía sostenida solo por el aro del cuello.

Volteó la última puerta de otro patadón y descubrió por fin los ojos suplicantes de la Yoli. Desnuda como un gusano y llena de cardenales, estaba arrodillada en el suelo, esposada a una de las patas de la cama. ¡Qué hermosas tetas que tenía la Yoli! El Jota se sorprendió pensando en eso. Pero capaz que eso, pensar en las tetas de la Yoli, le salvó el cogote. Porque esos dos segundos bastaron para que la Yoli pudiese gritar un «cuidado» afónico y finito. Y para que el Jota se moviera justo en el momento que sonaba el estampido. La bala le perforó la carne del brazo izquierdo. El dolor que el Jota ya conocía no lo asustaba. Era como un pinchazo. Como una quemadura de cigarrillo. Una pavada. La bala salió como entró, sin lastimar el hueso. Pero cuando el Jota tiró el cuchillazo al bulto, él Colo Sanguinetti rodó por el piso esquivándolo. El pecoso de crenchas color cobre terminó en el suelo al pie de la cama y apuntó de nuevo. Antes de apretar el gatillo notó que el Jota había desaparecido de donde supuestamente debería estar. El Colo Sanguinetti lo buscó con la mirada. Y la mirilla del treinta y dos seguía la mirada del Colo Sanguinetti. Pero cuando mirada y mirilla encontraron al Jota, el Jota venía volando de un salto. La Nike izquierda aterrizó sobre la muñeca del Colo Sanguinetti, aprisionando el arma contra el suelo. Y el puño derecho directo en la frente.

La Yoli, desde donde estaba, vio al Jota con la remera roja en la espalda y el filo enterrado hasta el mango en la frente de su captor. Vio esa imagen encuadrada en la luz amarillenta del velador y no pudo dejar de pensar en la estampita que su abuela tenía en la mesita de luz.

LA MOCHILA DEL MUERTO

Una vez el Pelusa cobró por el fiambre de otro. Fue una única vez, todos los otros fueron bien suyos. Pero esa vez, el Pelusa se encontró con que le habían encargado alguien muerto y ese alguien terminó en el cementerio. No veía por qué no recibir la guita de la Gringa.

El condenado vivía en un barrio que al Pelusa no le gustaba. Parecido al suyo, el barrio que al Pelusa no le gustaba. El condenado era el hombre de una mujer menudita que todos conocían. Una mujer que lo que tenía de menudita lo tenía de cabeza dura. Y las palabras de la mujer menudita se atragantaban en los pescuezos finolis. Y las cosas que la mujer menudita hacía reventaban las bolas secas de los pescuezos finolis. Pero no era por ella que estaba sentenciado. Era porque escribía.

Hace más de treinta años, un general se levantó con ganas de vengarse porque no le gustó lo que había leído en una de sus novelas. «Zurdito de mierda» había dicho ese general, hace más de treinta años. «Zurdo de mierda y encima judío» había repetido esa mañana, treinta años después, en que se había levantado nuevamente con ganas de saberlo muerto. El general retirado se había acordado del escritor y se había acordado lo que sentía por él. Una cagada dar notas en la televisión. Quién sabe si el general retirado alguna vez se acordaría de que se la tenía jurada si no hubiese visto los ojos celestes del escritor en la tele. Pero ahí estaban, limpios y serenos como siempre, contestando parcamente una pregunta estúpida de una cronista novata. Y el general retirado se acordó de que se le revolvió el estómago al leer esas calumnias antipatrióticas. Y de nuevo lo quiso muerto.

Entonces le había pedido el favor a la Gringa. Hija de su mejor amigo la Gringa. Y con un negro que hacía ese tipo de cosas la Gringa. Al general retirado le hubiese gustado hacerlo él mismo: apoyar la punta de la nueve en la frente arrugada de tanto pensar en zurderías y apretar el gatillo dos, tres, cuatro veces. Pero ya no estaba para esos trotes. A causa de un cáncer que vino a caer en el pecho equivocado. En el pecho de un patriota vino a caer ese cáncer. Así que el general retirado se lo pidió a la Gringa, y la Gringa se lo encargó al Pelusa.

El Pelusa, entonces, visitó el barrio del condenado. Dos o tres veces lo visitó, para saber dónde y cuándo. El Pelusa sabía que había que laburar para ser tan eficiente como era. Y cuando estuvo seguro de que esa noche iba a encontrar al condenado en su casa, solo lo iba a encontrar, fumando o tomándose un whisky lo iba a encontrar, enfiló para el barrio del condenado con la treinta y ocho en el cinto. Llegó hasta la esquina misma de la casa del escritor y empuñó las cachas negras del revólver.

Pero no fue él ni su treinta y ocho. Fue otro que en ese barrio conocen por Lucas el que se cargó al escritor. Otro que no sabía nada de un general retirado ni de una montaña de guita. Otro que escuchó «matalo» de la boca de su hermana y no supo, no pudo, no quiso, no se animó, no se le ocurrió no hacerle caso a la Daiana.

Cuando el Pelusa cobró el encargo, se puso la mochila del muerto. Nunca nadie fue a preguntarle al Lucas, ni a la Daiana, ni a nadie de ese barrio cómo había muerto el escritor de los ojos color mar tranquilo.

AL FINAL DEL CAÑO

El Jota ya había estado al final del caño de un treinta y ocho. Al final del caño de casi todos los calibres, había estado. Pero nunca había visto al final de la mirilla los ojos que estaba viendo. Y por primera vez en su vida, prefirió morir que matar.

DE FIERRO, ARRIBA Y ABAJO

El Pelusa no solo mataba por encargo. Mataba por rabia y venganza también, de vez en cuando. Tampoco es que el Pelusa andaba matando a diestra y siniestra. Pero cada vez que lo hacía, por encargo o no, se le ponía dura la pija. Dura como un fierro. Tan dura que duraba así un par de horas, hasta que se descargaba con la minita de turno. A la minita de turno le encantaba verlo llegar así, duro como un fierro, sin una pizca de romance ni mierda que se parezca, totalmente animal. Y la minita de turno se abría de piernas o de cachetes, en el suelo, de parada contra una pared, como sea. Y el Pelusa se descargaba violentamente como hacía un rato había descargado el tambor de su treinta y ocho.

Quién sabe por qué a las minitas de turno les gustaba esto. Pero tarde o temprano, la minita de turno quería besos, caricias, salir a comer a McDonalds. A la minita de turno, entonces, se le acababa el turno y el Pelusa pasaba a otra. A otra que solo busque abrirse de piernas o de cachetes y presumir con sus amigas del barrio de la efímera fama de ser la minita del Pelusa.

COMO RECIÉN LLEGADO

Dicen que ser el recién llegado es difícil. Pero mucho más difícil es ser el recién llegado donde hasta no hace mucho eras amo y señor.

El Jota sabía que rápidamente tenía que ponerse a laburar. No porque necesitara plata, el toco que había levantado del Judío iba a durar bastante. No para siempre, pero bastante. Pero el Jota sabía que tenía que ponerse a laburar para que todos en el barrio se olviden de su ausencia.

Es increíble lo rápido que se ocupan las ausencias en el barrio. Es como un tetris invertido. En cuanto una pieza desaparece todas las otras suben y se acomodan. El Jota tenía que deshacer eso y volverse a acomodar en donde estaba: en la cúspide de la cadena alimentaria.

El Jota fue a ver al Pelusa el mismo día que llegó. A la casa del viejo fue a verlo. Lo que no sabía el Jota era que el Pelusa se había cargado a la asquerosa de su tía y se había mandado a mudar de ahí. No muy lejos se había ido el Pelusa, pero el Jota no sabía dónde encontrarlo. Cuando preguntó por él, el viejo del Pelusa se encogió como un cabrito y meneó la cabeza. El Jota tampoco sabía que el viejo del Pelusa ya había estado al final del caño del treinta y ocho. Rápido y preciso para dar mensajes, el treinta y ocho.

También se enteró el Jota de lo que pasó con su casa cuando el Coronel llegó de noche como en una película. Ni se inmutó al escuchar la historia de boca del kioskero. Tarde o temprano iba a ser él mismo quien prendiera fuego a esa casa con todos adentro. Así que, un problema menos.

Entonces el Jota fue al único lugar del barrio en el que estaba seguro de que iba a ser bienvenido. La vieja del Rana abrió la puerta en bata y ruleros y no dijo nada. De pocas palabras, la vieja del Rana. No dijo nada pero los ojitos se le llenaron de lágrimas. El Jota la abrazó un rato largo, ahí mismo, en la puerta de calle. La vieja del Rana de nuevo tenía a quién tenderle la cama y prepararle milanesas finitas.

HASTA EL CIELO

Cuando el Jota vio esas montañas, pensó que llegaban hasta el cielo. Que lo blanco de esas montañas eran nubes que habían quedado atrapadas justo ahí. Y que las otras que aún volaban tarde o temprano iban a terminar igual. El Jota era un simple, pero un simple casi poeta.

EPIFANÍAS

La Gringa supo que el Pelusa era el Pelusa al mismo tiempo que el Pelusa descubrió que la Gringa era la Gringa. En el momento en que el Pelusa miró los ojos del Jota al final de la mirilla y, por primera vez, no quiso matar. La Gringa descubrió, además de la verdadera identidad del Pelusa, que no era su noche. Inmediatamente lo supo. Y para cuando el Pelusa se dio vuelta con el treinta y ocho en alto, la Gringa había desaparecido.

Un par de días antes, la Gringa había descubierto que el Jota estaba de nuevo en Córdoba. De boca del kioskero del barrio lo supo. La vieja estrategia de la recompensa es implacable en los barrios como el del Jota. Y si había algo que a la Gringa le sobraba era plata para recompensas. Después de escuchar el relato certero, la descripción precisa, la identificación ajustada, la Gringa pagó lo prometido. Y se quedó con el corazón desbocado pensando en el Jota. No había nada que no fuera odio en ese corazón desbocado. Nada quedaba de esas noches de pasión, en las que el Jota y la Gringa eran uno solo, enroscados los cuerpos bajo la luz fría y brillante de la puesta en escena. Pasión que había comenzado actuada, guionada y coreografiada por Juan Cruz en la habitación vecina. Pasión que con el tiempo se había convertido en genuina y que la misma Gringa no había podido dejar de extrañar cuando el Jota no estaba.

Entonces la Gringa, por primera vez, quiso estar presente cuando su chico maravilla descargue las cuatro balas en la humanidad del condenado. Al Pelusa no le importó, no era quién para andar cuestionando nada. Así que por primera vez no hubo sobre ni nombre. La Gringa subió al Pelusa en el asiento trasero de la cuatro por cuatro y lo llevó personalmente a visitar a su nuevo encargo. ¡Qué se iba a imaginar la Gringa!

HERMANO MAYOR

El Jota llegó al putero del Colo con la mano en el bolsillo. Y todos en el barrio sabían qué pasaba cuando el Jota tenía la mano en el bolsillo. El Jota llegó al putero del Colo porque la Yoli no estuvo en la casa de la vieja del Rana a la hora que tenía que estar. El Jota hizo el dos más dos y fue a buscarla. Con la mano en el bolsillo fue a buscarla, porque sabía que lo que se venía no iba a ser tocar el timbre y tenerla.

El Jota había visto los moretones de la Yoli cuando la Yoli llegó llorando a la puerta de lo de la vieja del Rana. Moretones y cicatrices. El Jota la abrazó fuerte y le dijo que ya estaba. Que no había de qué preocuparse. Que él se encargaba de todo. El Jota le dijo todo eso a la Yoli con tal de que deje de llorar. Y si había algo que odiaba el Jota era que conviertan en mentira lo que había dicho como verdad.

La Yoli no había tenido una vida fácil. Había terminado en las manos del Colo a los trece años y para los dieciséis estaba hecha bolsa. Muchos de los que debían protegerla, de uniforme o de civil, le pagaban al Colo para acabarle a la Yoli en la boca o en el culo. Y la Yoli se daba cuenta de eso. Y cuanto más se daba cuenta de eso, más sola se sentía. Hasta que llegó el Jota. El mismo Jota que le daba los pases profundos en el potrero porque sabía que la Yoli llegaba. La Yoli llegaba y pateaba al ángulo. Entonces el Jota trababa la pelota y sacaba el pase profundo. El mismo Jota que no había visto en años se le cruzó un día de casualidad. Y el instinto de hermano mayor del Jota hizo el resto.

En lo de la vieja del Rana, la Yoli se bañó, cenó calentito y durmió ocho horas sin que nadie quisiera ponerle nada en ningún agujero. Para lo que era la vida de la Yoli eso era el paraíso. Pero el paraíso duró un ratito, porque cuando la Yoli fue a su casa a buscar un poco de ropa para mudarse, el Colo la estaba esperando.

Entonces el Jota llegó al putero del Colo con la mano en el bolsillo. Y dentro del bolsillo, el puño apretando el filo. El Jota respiró fuerte antes de voltear la puerta de una patada. Una puerta que siempre estaba abierta volteó el Jota de una patada y entró a salvar a la Yoli.

EL HUMO DE LAS BRASAS

Muchos creen que en el barrio es el alcohol lo que anestesia. Muchos creen que son las drogas. Anestesia hambres, dolores, recuerdos, impaciencias, urgencias, necesidades. Pero pocos que no sufren hambres, dolores, recuerdos, impaciencias, urgencias ni necesidades saben lo que sabe el Jota. Que lo mejor para anestesiarse es el humo de las brasas.

Se cuenta que hay un tipo que tuvo al albañil dos días haciendo y deshaciendo la chimenea del asador para lograr el tiraje perfecto. Es casi una leyenda. Cuentan también que los como el Jota solo necesitan cuatro ladrillos y un pedazo de alambre tejido. Porque justamente lo peor que le puede pasar al Jota es que el humo de las brasas se vaya al cielo y no se le quede pegado en la remera.

Y son tan pocas las veces que el Jota tira una falda a las brasas, que cada vez que lo hace se olvida de todo. Escucha el crujir de la grasa quemándose y se olvida de todo. El olor de la carne asándose y el sabor de esos pocos pesos. Se olvida de todo en ese rato de alquimia que cambia un pedazo de carne barata en un manjar de los dioses. Y todo gracias al humo de las brasas.

La noche en la que el Jota y el Pelusa volvieron a ser hermanos, además de falda hubo chinchulines.

EL MUNDO ES UN PAÑUELO

El taxista cobró el viaje en dólares y, por si fuera poco, otro rollito de comisión. Le explicó rápidamente al Colo Sanguinetti lo que el Chino quería y se las picó. El Colo miró su propio fajo de verdes y sonrió de oreja a oreja.

El Chino se sentó en un sillón de oficina que el Colo había hecho llevar de su escritorio. Parsimonioso el Chino para sentarse. Precavido, limpió como pudo el sillón con un pañuelo antes de sentarse el Chino. Frente al sillón, la cama de dos plazas vacía, tendida con sábanas limpias a las apuradas. El Chino se acomodó en el sillón y eso pareció haber sido la señal que estaban esperando.

De una puerta lateral apareció la Yoli. Enfundadas en unas medias rojas, las piernas de la Yoli parecían más largas todavía. Esas medias rojas era todo lo que vestía la Yoli cuando se subió como una gata a la cama. Las hermosas tetas de la Yoli rozaron las sábanas cuando levantó el culo para ofrecérselo, redondo e impúdico, al cono de sombras donde sabía que estaba sentado el Chino. La Yoli miró por detrás de su hombro izquierdo y adivinó la figura del Chino sobre el sillón. Inmóvil. Callado. Se puso de rodillas sobre la cama y contoneándose lentamente comenzó a acariciarse las tetas. Al cliché lo coronó pasándose la lengua por los labios.

El Chino apoyó la mano sobre la entrepierna, por sobre la fina tela del pantalón y comenzó a acariciarse.

La Yoli no logró discernir ese movimiento. Se limitó a continuar su improvisado show en solitario, sin la menor idea de lo que estaba haciendo. La Yoli nunca había estado sola en esa cama. Las habilidades de la Yoli eran bien conocidas en el barrio, pero estaban limitadas al oral y el anal. Y si tenías una pija como la gente, una turca de colección. Pero no era oral, ni anal ni nada de eso lo que el Chino estaba buscando. Y lo que estaba buscando, la Yoli no podía dárselo.

El Chino se levantó de un golpe, puteando algo que sonó a «Nǐ bùshì zhūliyè» y se fue dando un portazo. La Yoli se quedó quieta sobre la cama sin saber qué hacer.

—¿Qué carajo hiciste, boluda? —gritó el Colo antes de darle la primera piña en la cara. La primera de muchas. La primera de tantas.

El Colo no podía saber que no fue culpa de la Yoli que el Chino no gozara. Fue culpa de una pendeja que había dejado la vara demasiado alta...

AL PRINCIPIO DEL CAÑO

El Pelusa ya había tenido a un negro con zapatillas sogueadas al final del caño de su treinta y ocho. Por gusto, necesidad o laburo, ya habían pasado varios negros de zapatillas sogueadas. Pero nunca había visto al final del caño de su treinta y ocho a los ojos que estaba viendo. Esos ojos que conocía tan bien, desde hace tanto tiempo. Y por primera vez el Pelusa dejó un encargo pendiente. Hay muchas cosas que tiran más que una yunta de bueyes. Pero solo una que tira más que un pelo de concha. Y no, no es la guita.

PASAJE A MENDOZA

La Yoli nunca había salido de Córdoba. Nunca había tenido unas vacaciones en su vida. No se acuerda bien, pero cuando todavía era Marcos había ido con el colegio a Carlos Paz. Eso había sido todo. Por eso al subirse a ese colectivo nuevito la Yoli aspiró fuerte para memorizar el olor. Olor a cambio de aire, a segunda oportunidad. Apretó fuerte el boleto a Mendoza y caminó segura por el pasillito buscando el veintitrés.

En Mendoza estaba su hermana mayor. Se había ido a tiempo del barrio y se había casado bien, su hermana mayor. Y para el esposo y los hijos de su hermana mayor ella nunca había sido otra que Yolanda.

Sentada en su asiento, la Yoli lagrimeó al darse cuenta que había podido escapar de todo y podía empezar de cero. Y todo gracias al Jota. Murmuró la palabra bajito y su mirada se perdió entre la gente que iba y venía detrás de la ventanilla. La Yoli no sabía que, algunas horas antes, el Jota había pasado por lo mismo a la orilla de una cantera.

SIENDO NOTICIA

Una vez el Jota salió en la tele. La periodista le preguntó si el barrio era inseguro y él contestó que depende. La periodista de Canal Doce le insistió en que el barrio tenía fama de inseguro. El Jota se levantó de hombros y volvió a contestar con un «depende». La periodista, en vez de preguntarle de qué dependía, se fue a buscar a alguien con ganas de quejarse. Menos de veinte minutos estuvieron los de Canal Doce en el barrio. Porque los del noticiero fueron al barrio para saber si era inseguro y les bastó ese tiempo para el veredicto.

Capaz que ayudó que tres moqueritos fueron de caño a levantarse cámara, micrófono y celulares. Menos de veinte minutos les tomó enterarse de qué dependía a los del doce. Si tan solo se lo hubiesen preguntado al Jota...

El Jota, a todo esto, conocía a los moqueritos y fue a la casa donde aguantaban las cosas. Les explicó a las puteadas que no tenían que levantar la perdiz de esa forma, que la policía podía hacerse la boluda mientras nadie se quejara, pero que si salían en las noticias iban a tener un patrullero en cada esquina hasta que la gente se olvidara. El Jota sentía que era su deber avisar a los moqueritos del barrio, no por los moqueritos, sino por los como él.

Al móvil de Canal Doce le devolvieron la cámara, el micrófono y los celulares. Eso no salió en el noticiero, capaz no era la noticia que fueron a buscar.

LOS AMIGOS DE PAPÁ

Cuando Mica quedó sola, los amigos de papá se acercaron como buitres. Rápido se acercaron. Ni siquiera habían podido sacar la sangre de la alfombra de la pieza de Juan Cruz todavía y los amigos de papá ya estaban haciendo fila en la puerta de la casa de Mica. Algunos amigos de papá eran empresarios, socios de negocios de otros tiempos mejores. Mejores para ellos, obvio. Otros amigos de papá eran milicos también, y como papá, con nenas Kosiuko como ella. Algunas hasta compañeras de colegio, las nenas Kosiuko de los amigos de papá.

Parece mentira, pero los amigos de papá hacían fila en la puerta para llevarse a Mica a algún bulo y tenerla como una reina. Una mierda los amigos de papá.

Pero Mica no era como las boluditas de sus hijas y más rápido de lo que se acercaron les puso los puntos. Si lo que querían era seguir con los negocios de papá, ella estaba ahora a cargo. Si lo que querían era una pendeja que les lama las bolas, se podían ir bien al carajo. Todos entendieron cómo venía la cosa y se quedaron piolas. Todos menos uno, que se puso pesado y amenazó a Mica con unos papeles de papá. Unos papeles que iban a terminar en la justicia o los noticieros, o ambos. A ese amigo de papá, Mica le presentó al Pelusa.

En cambio, al mejor amigo de papá, Mica le tenía una sorpresa. Ese mismo mejor amigo que la conocía desde bebé. Que la tuvo en las rodillas cuando tenía seis. El primero del vals en la fiesta de quince. Ese mejor amigo le propuso cuidar de ella si ella era buena con él. Cuando el viejo fue y le propuso lo que le propuso, Mica lo hizo pasar a su habitación.

—¿Te gustan las pendejas que tragan la lechita? —le preguntó Mica con voz de gatita. Al viejo casi le da un ataque.

Después de chuparle la pija hasta dejarla hecha una hilacha, Mica se le acercó al oído y le murmuró:

—¿Sabés quién me enseñó a hacer eso? Tu Laurita. Un día en el cole me contó que Rubén le regala la ropa que ella le pide cada vez que se lo hace...

Cuando el mejor amigo de papá salió de la casa de Mica fue directo a descargarle la nieve en la cabeza de Rubén. En plena calle al grito de «viejo verde» le llenó los sesos de plomo. Dos años en cana pasó el mejor amigo de papá hasta que se enteró de que todo había sido un invento de Mica...

LA RUBIA EN LA TELE

La Rubia estuvo en la tele por más de dos semanas. En Crónica y TN, estuvo en todo el país la Rubia en la tele. Sin la protección del Jota ni Santiesteban, terminó en la zanja con un tajo en la garganta y sin uñas en los pies. Lo grotesco del hallazgo desenmarañó toda la historia del secuestro de Rocío y la masacre en la posta policial. Rápido se supo que todo había sido una cuestión de drogas. Y de la plata fácil que la droga levanta. De esa plata que se levanta abajo y se acumula arriba, eso se supo rápido.

Los periodistas que se creen detectives privados se regodearon con la trama hasta que se toparon con lo de siempre. Más arriba de la miseria de los unos y los otros que se matan por nada, está la riqueza de los que se hacen cada vez más ricos con esas muertes. Y a esos no se puede sacarlos por la tele.

Así que la tele pasó a ocuparse de otra cosa y el cordobés implicado en el asunto nunca tuvo nombre ni rostro.

REMOJARSE LOS CUEROS

El Jota y el Pelusa llegaron a la cantera tipo tres de la tarde. Shores y Nikes, no llevaban nada más. Los cueros curtidos por el sol no necesitaban bronceador. Ambos dejaron las Nike en la orilla y se metieron como tantas otras veces. En la cantera no les pedían carné ni revisión médica. En la cantera eran bienvenidos.

En la parte más alejada de la cantera remojaron los cueros un rato. En silencio remojaron los cueros un rato. No habían ido a charlar. Lo que habían ido a hacer no requería palabras. Despedirse, era lo que habían ido a hacer a la cantera.

Cuando salieron, con los pelos mojados y los shores chorreando, todavía en patas, se abrazaron por siempre.

El Pelusa se sentó al borde de la cantera, al lado de las Nike del Jota. Esperó a que las huellas del Jota sobre las piedras se secaran completamente con el sol para gritar «¡La puta madre!» y agarrarse la cabeza.

ALA MODA

Mica fue al shopping a comprarse ropa nueva. Mica iba seguido a comprarse ropa nueva. Por lo menos antes de lo del Jota. Hacía rato que las vendedoras la extrañaban, a ella y a su master platino. Pero Mica se obligó a volver a algunas de sus rutinas después de lo del Jota. Y una de esas rutinas era ir al shopping a comprarse ropa. Así que Mica y su master platino cruzaron las puertas de los negocios una vez más.

No tardó mucho en volver a sentirse la nena mimada de papá y se probó todo lo nuevo. Era caro estar a la moda, pero de eso se trataba ser una nena mimada después de todo. Poco tardó en sentirse de nuevo una nena mimada, con la ropita de marca sobre la piel rosada de adolescente. Pero poco también tardó en extrañar la mirada de Juan Cruz aprobando su ropa nueva.

Juan Cruz la acompañaba al shopping a comprarse ropa nueva con paciencia de esposo. Porque Mica recorría de punta a punta el lugar y entraba a todas las tiendas. Se probaba todo de cada una, a veces varias veces. La vendedoras le tenían paciencia porque era una venta asegurada. Juan Cruz le tenía paciencia por otras razones. Mica todavía se acuerda la vez que miró por el espejo del probador los ojos de Juan Cruz filtrándose por la cortina. Ella demoró en ponerse la parte de arriba de la bikini a propósito. Y a propósito estuvo un buen rato acomodando la parte de atrás de la tanguita. Tal vez esa fue la primera vez que los pezones se le pusieron como piedra.

Cuando se dio cuenta de cuánto extrañaba la mirada de Juan Cruz aprobándola, toda la gracia de comprar ropa nueva se esfumó. Mica salió del shopping con bolsas en las manos y lágrimas en los ojos.

CUENTAS IMPAGAS

El abrazo duró una eternidad. El Jota tomó la cara del Pelusa entre sus manos y casi le estampa un beso en la boca. Bastaron tres minutos para que cada uno hiciera un resumen del tiempo que no habían estado juntos. No necesitaban decirse todo, se conocían desde siempre.

—Vamos a lo del Rana, yo estoy ahí...

Estaban a pata, la Gringa había desaparecido en la cuatro por cuatro. Pero eso no les importó. No esa noche en la que volvían a ser hermanos. Y las carcajadas no tardaron en llegar, ni las cargadas por Talleres en la B, ni la evocación por el hermano faltante. Y al pasar por una estación de servicio el Pelusa propuso llevar un par de cervezas para amenizar el asado. El Jota, en ese momento, reconoció la patente del Mini Cooper estacionado en el bar de la estación de servicio. Era una noche ideal para no dejar cuentas impagas.

—Compramos en otro lado, aguántame acá...

El Jota entró al bar de la estación de servicio y vio al chetito que charlaba con una rubia tetona en una mesa. Todo sucedió sin suspenso ni cámara lenta, como pasan las cosas en la vida real. La rubia abrió grandes los ojos y el chetito supo que se le venía algo. El Jota le agarró los pelos por detrás con la mano izquierda y con la derecha le hundió el filo en la nuca. Giró la muñeca y desenterró el filo. Lo limpió con el mantel de la mesa y salió caminando como entró.

No lo mató por hacerse el malo esa tarde en la esquina. Tampoco por apretarlo con una pistola. El Jota nunca perdonó ese «ustedes» y lo estuvo rumiando por más de año y medio. Era una espina que se le había metido, se le había infectado dentro y recién esa noche había podido extirpársela de un navajazo.

LA VIEJA DEL RANA

El mismo día que el Jota le avisó que su hijo estaba vengado, la vieja del Rana dejó de llorar. Dejó de llorar como quien cierra una canilla. Ese mismo día dejó de llorar, pero no de extrañarlo. Le hizo un altarcito con una foto en la que el Rana se reía mostrando las caries y le puso velitas. El Rana no era de reírse mucho, así que esa foto era un tesoro. No pasó mucho tiempo y la vieja del Rana se cansó de levantarse de la cama para no tener a quién atender. Primero solo bufaba bajito arrastrando las ojotas. Después ni siquiera se levantaba. Hasta que un día se cansó de darse lástima y salió a la vereda con un plato de puchero picado chiquito. Así como un día no tenía a nadie y al otro día lo tenía al Rana, así pasó a tener seis perros y cuatro gatos.

Cuando la vieja del Rana abrió la puerta en bata y ruleros, no dijo nada. De pocas palabras, la vieja del Rana. No dijo nada pero los ojitos se le llenaron de lágrimas. El Jota la abrazó un rato largo, ahí mismo, en la puerta de calle. Para cuando llegó la noche, el Jota tenía la panza llena y compartía la cama del Rana con un salchicha desconfiado que le mostraba los dientes.

La estadía del Jota fue corta pero feliz. Agradecido el Jota como era, pagó las milanesas y las sábanas limpiatas: cambió las membranas del techo, pintó las paredes del patio, podó los árboles. Y lo que no podía o no sabía, lo hizo hacer con la plata del Judío.

Fue tranquila también la estadía del Jota. Menos la madrugada que volvió con la remera roja hecha jirones y sangre ajena de pies a cabeza. La mamá del Rana lo miró callada como era y esperó que el Jota entrara a bañarse para tirar toda la ropa. Toda menos las Nike.

La última vez que el Jota la abrazó, ambos sabían que no iban a verse más. El Jota se iba con el Pelusa a remojar los cueros a la cantera.

—Chau vieja, pórtate bien —le dijo el Jota. Como si la vieja del Rana se portara de otra forma alguna vez.

El Jota siempre pensó que era una boludez que el Pelusa no se mudara a la casa del Rana. Pero al Pelusa le gustaba la independencia que recién estaba conociendo, qué se le va a hacer. Eso sí, prometió visitarla seguido.

VALPARAÍSO EN VERANO

Las casitas de colores en las laderas de los Andes. El mar azul profundo y frío como los ojos de la Gringa. Los caminitos que serpentean hacia la playa. Valparaíso es hermoso en verano. Y entre esas casitas de colores, por esos caminitos que serpentean hasta la playa, las nuevas Nike del Jota recorren ágiles los escalones de pedregullo. Pagadas, no sogueadas, las nuevas Nike del Jota.

El Jota ya no es más el Jota. Parte de la guita del Judío sirvió para eso. El Jota ahora tenía nombre y apellido que nadie buscaba, que no aparecía en los registros de la policía. Hasta un pasaporte nuevito que decía que el Jota se llamaba de otra forma, tenía ahora. Porque el Jota Peralta había desaparecido para siempre a la orilla de la cantera. Se había tirado a refrescarse del calor y no había salido nunca más. Un gringo había atestiguado con lujo de detalles, convencido de que lo había visto tirarse de cabeza. Y ahí terminó la leyenda del Jota. Para el diario, para Mica, para la policía, para todos. Para todos menos para el Pelusa.

El Jota respira el fresco aire de mar y no reconoce el fuerte olor a marisco. Se sonríe al pensar que le recuerda a sexo. Y con ese único, sereno y alegre pensamiento en la cabeza, el Jota apura los pasos para conocer por fin el mar.

EPÍLOGO

La Gringa abrió la puerta de casa y escuchó lo último que iba a escuchar. Escuchó la última palabra antes del estampido de la Glock. La Gringa no tuvo tiempo, siquiera, de darse cuenta de que era hora de pagar por todo. Por lo propio y lo ajeno. Por lo consciente y lo inconsciente. Por lo pensado y lo impensado. La Gringa escuchó el nombre en forma de pregunta de los labios del Chino, y después la Glock cobrando lo que ella debía:

—¿Juliette?

BONUS TRACK

El Jota pasó un día por el bar de una Shell y vio a un tipo sentado al fondo. Le dio curiosidad la pinta del gordo, de bermudas y mangas cortas en invierno, escribiendo rápido en una compu chiquitita. Volaban los dedos del gordo y se reía, de vez en cuando, cuando escribía. Al Jota le pareció un paquete, de esos fáciles de choriar, era solo entrar y manotear la compu. Pero algo le llamó la atención de ese tipo de bermudas que tecleaba como afiebrado. ¿Habría sido que tenía las orejas y los cachetes como morrones? ¿Habría sido que en vez de café, como el resto, el gordo comía un tostado con Coca Light?

No supo cómo, pero al Jota le quedó perfectamente claro que el gordo escribía. ¿Será como todos esos gallegos muertos que le enseñaban en la escuela? No se imaginaba a esos gallegos muertos tomando Coca Light y entrándole al miga de bondiola tostado.

Y se quedó un rato largo mirando desde la vereda al gordo de bermudas. Se quedó mirando cómo escribía con los dedos cortitos volando sobre el teclado. Y el gordo se reía de vez en cuando, parecía feliz haciendo lo que hacía. Y el Jota se preguntaba sobre qué escribía un tipo en el bar de una estación de servicio. De cosas importantes seguro escribía, pensaba el Jota. Y se encontró preguntándose si el tipo que escribía alguna vez escribiría sobre alguien como él.

FIN



CARLOS FILIPPA (Santiago del Estero, Argentina, 1972). Desde 1990 vive en Córdoba. Licenciado en Cine y TV en la Universidad Nacional de Córdoba, fue premiado nacionalmente como realizador de cortometrajes.

Su novela inédita *Aves de Carroña* recibió la Mención Especial en el Premio Estímulo a la Creación Literaria y Teatral del año 2000 (Premio Nacional de las Artes).

Desde mediados del 2003 hasta principios del 2005, escribió para su weblog *Los Dedos del Manco* sobre literatura, cine, actualidad y afectos personales, recibiendo en ese período más de 40.000 visitas desde todas partes del mundo hispano.

Actualmente se dedica a la docencia.